

Los Contemporáneos



UNA AVENTURA INÉDITA DE TELÉMACO

NOVELA DE

LUIS DE TERÁN

Ilustraciones de F. MOTA

3 SEPTIEMBRE 1915

NÚM. 349

EDICIÓN
ECONÓMICA

20 cénts.

LUIS DE TERÁN

UNA AVENTURA INÉDITA DE TELÉMACO

JUSTIFICACIÓN DEL TÍTULO

SABIDO es que Fr. Salignac de la Mothe Fénelon, en su famoso libro *Les Aventures de Télémaque, fils d'Ulysse*, refiere con inimitable estilo y prodigiosa erudición las andanzas y peripecias del interesante griego.

Por añadidura, el ilustre arzobispo de Cambrai y preceptor del Delfín avalora la narración de cautivantes hechos con sabias enseñanzas y enjundiosos comentarios, no solamente *ad usum delphinis*, como pudiera decirse, sino en provecho de todo concienzudo lector.

De aquí, á más de su importancia clásica, constantemente reconocida, la perenne actualidad de la obra de Fenelón. Es un libro definitivo: así lo adjetivarían hoy algunos críticos.

Y sin embargo...

Por un feliz azar, tan inesperado cuánto no buscado, me encontré en situación de afirmar que la historia de Telémaco, relatada por Fenelón, no está completa. Falta, por lo menos, en ella, un

episodio altamente... sugestivo; no encuentro más pertinente vocablo.

Por un feliz azar—no quiero presumir de erudito ni de investigador científico,—puedo inscribir al margen de la obra de Fenelón, y, más particularmente, al de su *libro segundo*, una aventura de Telémaco, que no figura en el texto.

¿Cómo ha llegado hasta mí? Es innecesario, sobre que sería algo prolijo, referirlo. ¿Por qué la omitió Fenelón? Lo ignoro.

De lo que sí puedo responder es de que la tal aventura inédita del hijo de Penélope y Ulises es tan digna de crédito como las detalladas por su ilustre historiador.

¡Lástima que no haya sido éste quien la diese á conocer con sus excepcionales galas literarias! Doloroso es, pero, entre relatarlo pobremente, cual relatado por mí, ó dejar que continuase ignorada, he optado por lo primero.

Que los lectores me lo tengan en cuenta.



CAPITULO PRIMERO

TELÉMACO LLEGA A EGIPTO

En el sumario del libro segundo de la obra de Fenelón se lee:

“Telémaco refiere que fué preso en la nave siria por la flota de Sesostri y llevado cautivo á Egipto. Describe la belleza de este país y la sabiduría del régimen de su rey. Añade que Mentor fué enviado como esclavo á Etiopía y que él mismo, Telémaco, fué obligado á guardar un rebaño en el desierto de Oasis, que Termosiris, sacerdote de Apolo, le consoló enseñándole á imitar á Apolo que fué, en su tiempo pastor al servicio del rey Admeto; que Sesostri, enterado al fin de las maravillas que Telémaco hacía entre los pastores, le llamó persuadido de su inocencia y le prometió enviarle á Itaca; pero que la muerte de dicho rey sumió al joven griego en nuevas desgracias; que le encerraron en una torre á orillas del mar desde donde vió perecer al nuevo rey Bocoris en un combate contra sus súbditos sublevados y socorridos por los sirios.”

Ahora bien, entremezclado con todos estos hechos que inventaría el sumario y desarrollados ampliamente después, se halla el episodio que desconoció ú omitió, váyase á saber por qué, Fenelón.

Eran tantas las malaventuras ocurridas ya á Telémaco, desde que salió de su patria á impulsos de la piedad filial, y tantas las que presentía y las que el mismo Mentor le vaticinaba, hasta que los dioses le otorgaran la dicha de encontrar á Ulises, que apenas se inmutó cuando la nave siria, en que se encontraba, fué alcanzada y abordada, á la altura de Sicilia, por una poderosa flota egipcia.

Una vez más se veía interrumpido en su ruta, pero era, en realidad, tan incierta su peregrinación, que, después de todo, no hubiera podido decir si aquel incidente le desviaba ó retrasaba del fin propuesto.

Cierto es que el hecho de ser hallado á bordo de una nave enemiga—Egipto estaba en guerra

con Fenicia,—no era tranquilizador (1). Telémaco confiaba, sin embargo, en su ciudadanía; así fué que, cuando los egipcios pasaron á bordo de la nave apresada, se apresuró á informarles de que ni él ni Mentor eran fenicios, sino griegos, itacenses, y de que su país era ajeno á la contienda aquella. Pero los abordadores, comportándose, dicho sea de paso, como, desde los tiempos más remotos hasta los más cercanos, se ha comportado la fuerza, declararon cautivos á los griegos, y con éstos y con los otros hicieron rumbo á Egipto. Todavía le quedó á Telémaco la esperanza de que sus razones serían atendidas por los gobernantes de aquel país, aunque de él no tuviese sino noticias muy vagas. En cuanto á Mentor, conservaba su habitual calma, su augusta, su olímpica, dígame de una vez, serenidad, puesto que todo lector sabe la excelsa deidad que acompañaba á Telémaco, si bien á este mismo se ocultara bajo el aspecto de venerable anciano.

Protegida por Eolo y Neptuno, que hacían de la mar una sonrisa, de Anfítrita, no tardó la flota en avistar la costa egipcia. Desde la proa de una de las naves contempló Telémaco una franja de rosada tierra, que apenas emergía de las aguas, y por la que éstas parecían avanzar, divididas, en regueros de zafiro. Era un espejeo de rosa y azul, bajo un cielo de azul y oro.

—¡Oh, Mentor! Ve que espectáculo tan bello; tan raro al mismo tiempo. Pero tan amenazador también, porque si la mar, en bonanza tal, penetra así en esa tierra, la ha de cubrir como mortal sudario cuando se convulsione airada. Siniestro país debe ser el de Egipto, si es ese el que ahora vemos.

Así habló Telémaco, con acento mezcla de admiración y susto, mas Mentor, sonriente, le dijo:

—Es Egipto en verdad, es su costa que la mar

(1) He de repetir que los hechos aquí referidos están enlazados ó relacionados, por lo menos, con algunos de los consignados por Fenelón. Así pues, en el transcurso de este relato he de aludir necesariamente, en ocasiones, á los segundos.

Como la obra del célebre escritor es bien conocida, me creo relevado de puntualizar lo que es texto y lo que es margen, quiero decir lo ya publicado y lo inédito.

De todos modos, he de añadir que, aún en esos hechos comunes, son diferentes los detalles y el desenvolvimiento, con lo cual se significa que nada hay aquí de traducción, si bien me viera muy honrado, en la ocasión presente, con el papel de traductor.

baña, pero sin penetrar en ella; aquí las aguas marinas, como en los demás lugares costeros, tienen también asignados sus naturales límites. Esos surcos líquidos, que cabrillean espumantes, entre las griseas y rosadas tierras, son los múltiples brazos de sagrado y misterioso río, cuyas fuentes desconocen los mortales, y que se explaya gozoso al final de su larga carrera. Es el padre Nilo, creador y fecundador de Egipto. No es este un país

sin iastro, ¡oh Telémaco! Cuando en él nos adentramos, si tal es nuestro destino, te embelazarán las perspectivas de fructíferas campiñas, de jugosos prados, de umbríos boscajes, tanto más deleitosas estas gracias por su raro contraste con los desolados desiertos que, á uno y otro lado del riante y alargado valle, se extienden paralelos. Y si penetramos en sus ciudades, te suspenderán el ánimo sus prodigiosos templos, sus maravillosos palacios, sus peregrinos monumentos y toda su magnificencia, en fin, no igualada por país alguno. Y has de saber, además, que este portentoso Egipto se encuentra hoy regido por un gran rey, invencible gue-

rrero, y sabio, magnánimo y justiciero por afiandura. Lleva el nombre de Ramsés II; en otros países, principalmente en Grecia, nuestra amada patria, es más bien conocido por Sesostris, y por todos, aun entre sus mismos enemigos, es admirado.

Con suma atención oyó Telémaco estas enseñanzas, y luego exclamó jocundo:

—Entonces, ¡oh, Mentor!, podemos considerarnos felices. No sólo nos veremos libres en cuanto seamos escuchados por ese gran rey ó por sus ministros que, desde luego los habrá elegido probos y discretos, sino que obtendremos los medios

de volver á Itaca y proseguir, siempre esperanzados, nuestra peregrinación sagrada. Seguramente que aquí serán, cual deben serlo, honrados y temidos los inmortales dioses.

—Lo son—replicó Mentor,—si bien las formas que revisten y los homenajes que reciben son diferentes de los helénicos. Tribútanse, sin embargo, algunos cultos análogos á los de Grecia. De todos modos, como la esencia de la divinidad es

la misma en todas partes, puede afirmarse que el Egipto es piadoso y adorador ferviente de la divinidad. Hasta pudiera decirse que los egipcios han ahondado más que otros pueblos en augustos misterios.

Y al decir esto, Mentor esbozó una sonrisa de inefable expresión. Enmudeció luego, y Telémaco miró hacia tierra, penetran temente. La nave que los conducía doblaba en aquel momento la rocosa punta de un islote y empinaba esmumosa barra, tras la que aparecía, entre sus múltiples y serpeantes brazos, el majestuoso cuerpo del Nilo, que á lo lejos se esfumaba, desajado por cimbreantes palmas. Entre tupidos boscajes y la sutil neblina apor-

tada por los marinos céfiros, la luz se cernía suave, y si antes era un deslumbramiento de zafiros, rosicler y oro, ahora era un consorcio plácido de amatistas y esmeraldas.

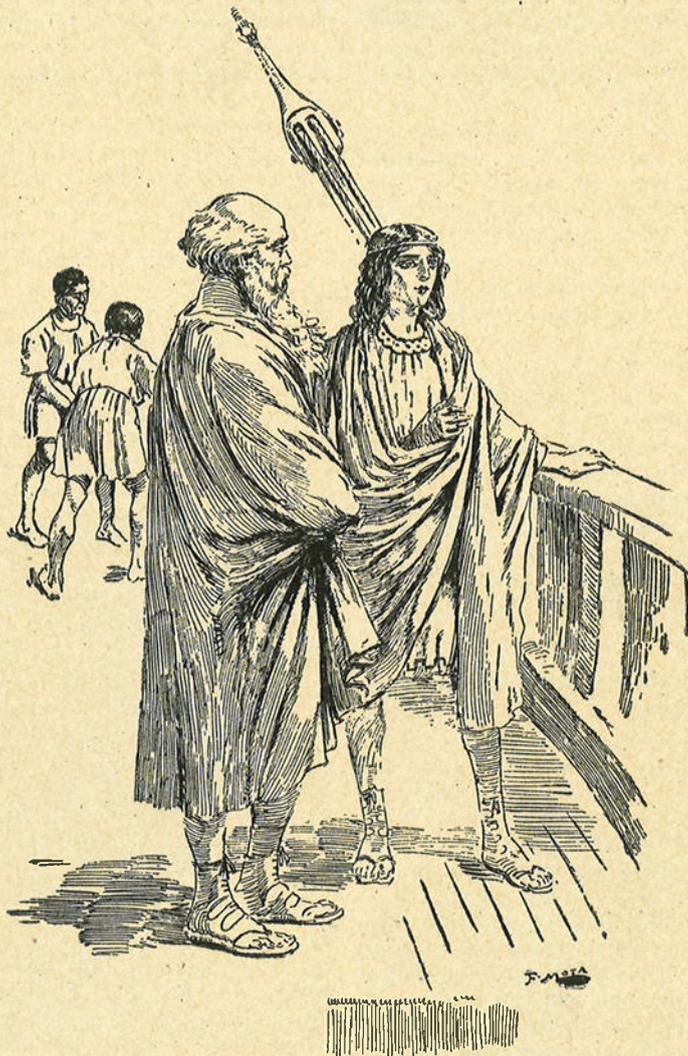
Absorto contemplaba Telémaco aquella bellísima visión de la Naturaleza, cuando de pronto exclamó vehemente:

—¡Oh! ¿Qué raro fenómeno es ese que se destaca en el espacio?

Y extendía ambos brazos hacia un claro de la ribera.

Sonrió Mentor y contestó:

—Es un monumento, es una tumba.—Y ante el



creciente asombro del joven griego, continuó:— Es la primera pirámide que ves. y por cierto que no es de las más majestuosas. Las pirámides, Telémaco, esas peregrinas construcciones de líneas tan sencillas y de tan maravilloso aspecto á un mismo tiempo, guardan en su interior, entre laberínticas galerías, los sarcófagos de los seres que fueron, hombres y mujeres, y hasta especies de animales, celosos los egipcios de perpetuar en forma externa cuanto fué animado por el soplo inmaterial. Las pirámides son, á la vez, piadosas tumbas y monumentos erigidos al augusto y misterioso principio de la vida.

Honda impresión produjeron estas palabras á Telémaco, que no se cansaba de contemplar el pedregoso triángulo, pero su atención fué después solicitada por otro monumento de graciosas proporciones y muy linda visualidad. Una gradiería de pocos peldaños conducía á un columnario rematado por un frontón plano de dos cuerpos, con volada cornisa y desprovisto de arre- quives.

—¿Es un templo ese bello edificio?—preguntó Telémaco.

—Sí—contestó Mentor.

—Tiene bastante parecido, en su conjunto, con algunos de los nuestros, pero no así sus columnas, á lo que me parece; no acierto á comprender lo que simulan esos capiteles—hizo observar el joven griego.

Tardó en contestar unos instantes su excelso acompañante; miró hacia uno de los brazos próximos del río y luego dijo:

—¿Ves esa flor?

Y señaló una de anchos y transparentes pétalos, de azulados matices, que, esbelta y titilante, emergía de las aguas.

Mentor siguió:

—Es un loto azul, abierto... mira, allí hay otro, rojo éste y cerrado aún. Pues imitación de estas bellas flores, ya cerradas, ya abiertas, son los remates de que gustan los egipcios para sus columnas.

Mientras tanto, en toda la flota se había procedido á arriar velas y alzar remos para el fondeo; las naves reposaban ya blandamente en las tranquilas aguas; la que conducía á los dos griegos se había abarloado á un desembarcadero artificial, enlosado y amplio, en el que pululaba una pintoresca muchedumbre.

—¿Qué puerto es éste?—preguntó Telémaco.

—El de la ciudad de No—contestó Mentor.— Es importante como avanzada marítima de Egipto, pero es muy inferior á otras ciudades de este país desde el punto de vista de la riqueza artística.

Telémaco oyó apenas estas últimas noticias, atento ahora á la muchedumbre del muelle. Acaparaban sus miradas figuras y vestiduras tan diferentes de las griegas, y fijábase sobre todo en las mujeres. Una de éstas se acercó á la borda en que se apoyaba el joven héroe, y le miró, á su vez, con insistencia. Era una joven y en ella podía verse uno de los tipos más perfectos de la femenina belleza egipcia: tez bronceada, ó, más

bien, de “palidez ardiente”, como se expresara un poeta contemporáneo de los faraones; rostro ovalado, de fino pero acentuado mentón; labios purpurinos, gruesos, de vigorosos trazos sensuales; nariz pequeña, pero saliente, de aletas ligeramente abultadas; ojos sombríos, almendrados, cuyo pronunciado rasgamiento prolongaban hábiles pinceladas de antimonio; cuerpo esbelto, flexible, de gráciles, pero insinuantes curvaturas. No se veía su cabeza, tocada por una calántica de rayas transversales rojas y violadas, cuyos pinjantes semejaban dos amplias orejas caídas y los recogidos de la frente dos orejitas enhiestas, pero un mechoncito que asomaba bajo una de las últimas, era negro y rizado como las cabelleras de otras jóvenes que iban destocadas, sin otro adorno en aquellas que algún loto, con el tallo pendiente por la espalda y la corola sobre los ojos. Vestía la interesantísima egipcia un cendal rosado que, dejando al descubierto la garganta y los brazos, se iba ciñendo al cuerpo, en combinadas vueltas, hasta quedar sujeto al talle por ancho cinturón dorado con policromos lambrequines; de igual tono que el cendal, matizado por franjas amarillas, era el *shentu*, saya cruzada por delante en forma triangular, que le llegaba angostamente á los tobillos y daba libertad á los pies, calzados por sandalias de cuero rojo. Un collar de cornalina, dos brazletes, de lapislazuli el uno y de coral el otro, y varias sortijas de piedras multicolores completaban el atavío de la atrayente joven, que miraba á Telémaco con expresión curiosa.

El griego la contemplaba embobado, é inconscientemente, esbozaba una sonrisa, á la que no tardó en corresponder la egipcia, pero, de pronto, se trocó la de Telémaco en un gesto doloroso, y el joven héroe se retiró de la borda con brusco movimiento. Acababa de recordar avergonzado su situación de cautivo. Acudió á Mentor quien, á pocos pasos, erguido, en actitud hierática, parecía ajeno á cuanto le rodeaba; sus ojos claros, de un verde mar purísimo, miraban vagos é intensamente, á un mismo tiempo. No hubiera podido decir Telémaco adonde miraba, pero, más que nunca, le impresionaron aquellos ojos, reveladores misteriosos de una juventud triunfante, indestructible se diría, en raro contraste con la niveosa barba del arrogante anciano. El joven griego permaneció unos momentos sin interpelar á Mentor, pero al fin le dijo sollozante:

—¿Qué va á ser de nosotros, oh, mi venerable y amadísimo maestro? ¿Por qué es tan rudo con nosotros el Destino? ¿Cómo no nos desembarcan presto para que podamos reivindicar nuestra dignidad de ciudadanos libres? ¿Hasta cuándo hemos de sufrir la afrenta del cautiverio?

Y á continuación con pueril ingenuidad le refirió las sensaciones de curiosidad, primero, de complacencia después, y de vergüenza, por último, que acababa de experimentar ante la vista de una egipcia bella, cuyos encantos describió detalladamente con ostensible vehemencia.

Mentor le miró largo rato, silencioso, con expresión tal, que el entusiasta joven enmudeció también, lleno de temerosa sorpresa. Jamás le había

mirado así el bondadoso y sereno anciano, cuyos ojos claros se ensombrecieron y en los que se adivinaba una inconcebible mezcla de dolor y de ira, de amargura y de soberbia. Prontamente sin embargo recobraron su inefable, habitual atractivo, y Telémaco oyó decir á Mentor:

—No ovides nunca lo que siempre te he enseñado. Confía en los dioses; ámalos mucho, puesto que ellos tanto te aman; ofréceles tus penalidades y ellos recompensarán con creces tu confianza y tu amor.

Pronunció estas palabras con acento, á la vez,

dulce y solemne, y luego, en tono informativo añadió:

—He oído decir que nos van á trasbordar á otra embarcación, en la que habremos de remontar el Nilo hasta Menfis, donde el gobernador del Egipto Medio nos oirá. Allí espero que obtendremos justicia y se nos devolverá la libertad. Levanta pues tu corazón, oh amadísimo Telémaco. No replicó éste, sobrecogido aún por la reciente impresión penosa, pero besó á Mentor las manos, que se posaron luego en la cabeza del joven, suaves y acariciadoras, como aleteo de palomas.



CAPITULO II

TELÉMACO VE A TAISI

Fué alivio de la inquietud y tristeza de Telémaco el hecho de verse separado, en unión de Mentor, de los cautivos fenicios, no porque la compañía de estos infelices le fuese particularmente ingrata, sino porque el tal hecho se le presentaba como un augurio de la libertad ansiada. Trasbordaron los dos griego á una embarcación de reducidas dimensiones pero atractivo aspecto, de señero y gallardo mástil con velamen de colores gayos, y plateados remos. ostentaba en la proa un albio ibis esmaltado con las alas curvadas hacia las amuras, y remataba la popa como un ramillete de nenúfares entrelazados. La galanura de la embarcación y la cortesanía con que el piloto, á quien no le era desconocida la lengua griega, acogió á sus pasajeros, pudieron ilusionar á Telémaco hasta el punto de pensar que surcaba el Nilo, en viaje de recreo, á bordo de hospitalaria nave. Coadyuvaba á este grato ensueño la actitud de Mentor, vuelto ya por completo á su amable majestad, sin el menor rastro de su incomprensible momento de ansiedad y enojo.

Así Telémaco entregábase ahora, aguzando el espíritu y alegre el corazón, á gozar del espectáculo que, ante sus maravillados ojos se ofrecía. Las márgenes del sagrado río eran una continua sucesión de estimulantes bellezas: aquí una pradera, esmaltada de policromas flores; allí un altozano escalado por cimbreantes palmeras; en este recodo, un remolino de aguas espumosas que la luz irisaba; en aquel remanso, un conciliábulo de aguas quietas, sombreadas por tamarindos y sicomoros; frente á un templo gracioso y riente, una pirámide severa y silenciosa; por entre un claro del bosque, la visión de una llamada fértil de variados verdes; por entre otro, la aparición de griseas arenas convulsionadas; conglomerados de rocas entre montículos herbosos; junto á fecun-

das campiñas, páramos eriaáceos; desiertos y oasis, la vida y la muerte, en ese rudo contraste, en esa comunidad, más bien, que sólo se concibe en Egipto, donde sólo pudiera decirse que todo es eterno, lo lujuriente y lo yacente... y todo lo vivo y lo muerto, lo que empieza y lo que acaba, hasta lo que aún no ha empezado y lo que nunca acabará, estimulado, fecundado ó momificado por un sol tenaz, incansable, superpotente, cuyos rayos parecen perdurar apenas atenuados, diríase que á su pesar, melancólicamente velados en las sorprendentes, luminosas noches egipcias.

A este propósito, Mentor habló así al maravillado Telémaco:

—Oye un mito de este país, admirable. La Noche, la diosa Nut, tiene unas brillantes vestiduras que no son sino tachonamientos de estrellas. Se apoya con sus pies y sus manos sobre el dios Seb, su esposo, que es la Tierra. Sus piernas y sus brazos robustos son las cuatro columnas que sostienen su cuerpo. Ra, el Sol, á la hora amorosa de la noche, se acerca á los labios de Nut. Y Nut le absorberá. Penetrará él en el cuerpo de Nut; y en tonces, el cuerpo de Nut irradiará; la Noche esparcirá sus claridades difusas. De todo el cuerpo de Nut y de sus senos caen sobre la Tierra vastos rayos de plata.

—Bello mito y comprensible símbolo—declaró con sinceridad Telémaco; pero, á continuación, como perfecto conocedor y fervoroso creyente del Olimpo helénico, añadió:—Desconozco sin embargo las deidades que acabas de nombrar; por lo menos, son otros los nombres de las que representan en nuestro empíreo, análogos misterios.

—La divinidad, oh, Telémaco, puede tener varios nombres ó no tener ninguno.

—Le basta ser—contestó Mentor con acento que se diría venir de lejos.

No le replicó Telémaco; pero le miró á los ojos claros y le pareció sorprender en ellos una luminosidad intensa.

La nave dió fondo en Menfis; atracó á un espigón del puerto, algo alejado de la ciudad. Veíase, no obstante, buena parte de ella, lo suficiente para



que Telémaco pudiera darse cuenta de la nueva maravilla ante la que se encontraba. Impresionóle hondamente, sobre todo, la vista de un grandioso templo de monumental puerta, cuyas jambas eran unos gigantes pilonos cuajados de figuras y gerolíficos, en relieve unos, incrustados otros, de vivísimos y varios colores. Creyérase al pronto tales ornamentos miles y miles de piedras preciosas en caprichosas formaciones. Por la puerta, de par en par abierta, enorme boquete que á crecidísimo número de fieles pudiera dar entrada á un mismo tiempo, penetraba en aquel momento el sol, y, á su luz, pudo Telémaco vislumbrar como un bosque de columnas y pilares colosales, tan abri-llantados como los pilonos exteriores, y allá, al final del pasadizo formado por dos hileras de aque-

llos estupendos troncos de piedra, erguida sobre su grada, atisbó una estatua, cuyos contornos no podía precisar, pero cuya mole juzgó inaudita por contemplarla ya de dimensiones extraordinarias, desde la mucha distancia que de ella se encontraba. Por la puerta, de par en par abierta, salía un penetrante aroma, el del Klyfi, "tres veces sagrado", que llegó hasta Telémaco. "Celebrense sin duda alguna ceremonia", pensó con su espíritu religioso, y redobló el ahondar de su vista por aquel interior inmenso. Percibió entonces confusas figurillas; eran fieles, en efecto, seres humanos empuerquecidos por la distancia; pero más aún por las abrumadoras proporciones del lugar en que se encontraban, y también, seguramente, por la trascendencia de un rito misterioso...

Mientras tanto, el piloto había desembarcado solo, sin esperar indicación alguna. Cuando volvió manifestó á los griegos:

—He hablado con el gobernador de Menfis y el Egipto Medio. Es su voluntad que, sin demora, hagamos rumbo al Alto Egipto y os conduzca á Tebas, para que el mismo Rey, el divino Ramsés, decida de vuestra suerte.

Mucho apenaron tales noticias á Telémaco, tanto por lo que pudiera retenerse su libertad, como por no poder admirar de cerca la magnificente ciudad entrevista, pero la afirmación de Mentor de que en Tebas hallarían aún mayores maravillas y la idea de ver al Soberano de todas ellas, no tardaron en consolarle.

Era noche sin luna cuando llegaron á Tebas. Desembarcados en seguida los dos griegos y conducidos rápidamente por gente armada á lo que les pareció en la sombra, formidable fortaleza, Telémaco, al ser encerrado no llevaba más impresiones que las de unas moles ingentes, que no pudiera decir si eran edificios ó montañas, las de unos monstruosos animales, no sabía si realidad ó imagen, dispuestos en dos filas fronteras, como en formación militar, y las de algunos aislados pilares ó pirámides angostas, cuyos vértices se perdían en lo alto.

A la mañana siguiente fueron despertados los prisioneros por un pelotón de soldados. El que los capitaneaba, á pesar de vestir como sus hombres, aparte las insignias de su cargo, no ofrecía ni el menor de los rasgos del tipo egipcio; más bien se le creyese un griego de pura raza. Así lo pensaron Telémaco y Mentor, y cuando el capi-

tán aquel les dirigió la palabra en griego correctísimo, quedó desvanecida toda duda.

—¡Loados sean los dioses!—exclamó Telémaco.
—¿De donde eres, oh compatriota nuestro?

—Cretense soy—contestó con ligera sonrisa el capitán,—pero no debéis hablar conmigo hasta que os haya escuchado el rey. Os está esperando. Venid.

Y volviéndose á sus soldados, les dió alguna orden en egipcio.

Salieron todos, cruzaron un patio, de paredes llenas de geroglíficos y figuras simbólicas, y, por una puertecilla, que les abrió un centinela, pasaron á un subterráneo. Al final, después de subir unas escaleras, y de esperar sin duda, á que se recibiese la consigna, se abrió otra puerta y entraron en una vasta sala, donde el capitán mandó hacer alto á sus soldados con los que todavía eran prisioneros; él se perdió por el recodo de una larga galería. No tardó en volver y se dirigió á los griegos.

—Venid—les dijo;—yo solo os he de presentar al rey.

Siguieron la galería, cruzaron otras y varios suntuosos salones, pero Telémaco, atento á las instrucciones que el capitán les iba dando relativas á la audiencia regia, no se fijaba en las maravillas arquitectónicas, pictóricas y escultóricas que se iban desarrollando á su paso. Mentor escuchaba también en silencio...

—He querido escucharos por mí mismo; me ha interesado vuestra situación y lo que de vosotros me han contado.

Estas palabras las había dicho Ramsés II, el gran Sesostriis, ante cuya augusta presencia acababan de comparecer Telémaco y Mentor.

Ambos permanecían con las dos manos sobre el pecho y la cabeza profundamente inclinada, como les había indicado el capitán.

—Podéis mirar me y hablar—añadió tras breve pausa el soberano.

Entonces alzaron la frente los dos griegos.

El rey con el busto muy erguido, las rodillas juntas y los pies bien á plomo sobre el suelo, estaba sentado en un trono de marfil, rematado el alto respaldar por un disco rojo, con dos alas desplegadas á los lados y dos plumas de avestruz en la parte superior; empuñaba su diestra una brillante espada, con la punta baja y tenía, en la otra mano, un cetro de oro. de oro eran también su casco y su coraza. Ramsés II gustaba de usar frecuentemente sus atavíos guerreros. No obstante, á pesar de su marcial indumentaria y de su imponente actitud hierática, más bien que temor, inspiraba su persona respetuosa simpatía. Tal fué el sentimiento que experimentaron los griegos, á quienes el esforzado y esclarecido monarca sonreía bondadosamente.

Telémaco á impulsos siempre de su espontaneidad y entusiasmos juveniles, exclamó:

—¡Oh, gra rey! no ignoras el sitio de Troya, que duró diez años, y su ruina que costó tanta sangre á toda la Grecia; Ulises, mi padre, fué uno de los principales reyes que arruinaron á esa ciudad; vaga por todos los mares, sin poder encontrar la isla de Itaca, que es su reino. Yo te busco; y una desgracia parecida á la suya ha hecho que me en-

cuentre apresado. Devuélveme á mi padre y á mi patria. Quieran los dioses conservar á tus hijos y hacerles sentir la alegría de vivir bajo tan buen padre (1).

Las elocuentes y efusivas palabras del joven héroe suscitaron un murmullo de aprobación, que no pudieron reprimir los cortesanos que rodeaban al Faraón. Estaba entre aquella asamblea, junto al mismo trono, pero discretamente recatada por uno de los anchos brazos del sillón regio, una joven. Era la única mujer que asistía á la audiencia. No la había advertido Telémaco, atento sólo á convencer al rey y á dominar su emoción propia; pero cuando concluyó de hablar, y mientras que Mentor razonaba á su vez, á instancias de Sesostriis, miró con curiosidad á los demás personajes, graves funcionarios, apuestos oficiales, y, de pronto quedó atónito, deslumbrado. La joven, que seguía con interés visible la emocionante escena, se había adelantado unos pasos y estaba ahora á muy pocos de Telémaco, separada de los demás personajes, en primer término.

“¿Es una diosa?” se preguntó el griego, y absorto, como fascinado, contemplaba á la joven, la cual le miraba también con extraordinaria fijez. Si no diosa, era indudablemente, cuando menos, una altísima princesa. Un tejido de oro y plata era el cendal que se arrollaba á su gallardo busto; como de marfil, transparentemente laminado, era su shentu finísimo recamado con profusión de joyas; vistosos brazaletes esposaban sus muñecas, sus brazos y sus antebrazos; los afilados dedos de uñas pulimentadas y coloreadas por la alheña, estaban cuajados de chispeantes sortijas; calzaba unos lindísimos *tababs*, primorosas botinas de cuero, ornados con vivos mosaicos y en vez de la amplia calántica, tocaba su cabeza con una especie de reluciente casco, que semejava una pintada y daba libertad á unas sedosas y negrísimas trenzas que se agrupaban junto á las mejillas y caían sobre los desnudos hombros. Era de un valor incalculable el engalamamiento de la princesa, pero, más que nada, enajenaba á Telémaco la singularísima belleza de la joven. El griego recordaba el atractivo tipo de las egipcias que hasta entonces había visto, desde que llegó á aquel país; evocaba especialmente á la que tanto le impresionara en el puerto de No, pero la que tenía ahora delante era como el compendio feliz de las perfecciones de todas ellas, ó más bien era la *única*, puesto que Telémaco hubiese afirmado que nunca, hasta aquel momento, le había sido dado admirar la belleza femenina. Los ojos sobre todo de la peregrina princesa, de luminosa sombra, si así puede decirse, de largo rasgamiento, pero, más que nada, de expresión penetrante é innegablemente acariciadora en aquellos instantes, turbaban de tal manera á Telémaco que se sentía poseído, á un mismo tiempo, de intenso goce y lánguido desfallecimiento.

Mientras tanto Mentor continuaba hablando, y el rey y los cortesanos le escuchaban atentos; pero no todos inadvertían la turbación del joven griego y la misma emoción de la joven egipcia. Mirábalos fijamente el capitán que había con-

(1) Fénelon: *Les aventures de Télémaque*, Livre II.

ducido á los prisioneros, y su expresión de sorpresa al pronto, de inquietud después, se iba tornando siniestra.

Concluyó con esta escena la voz del Faraón que declaró Augusto y afable:

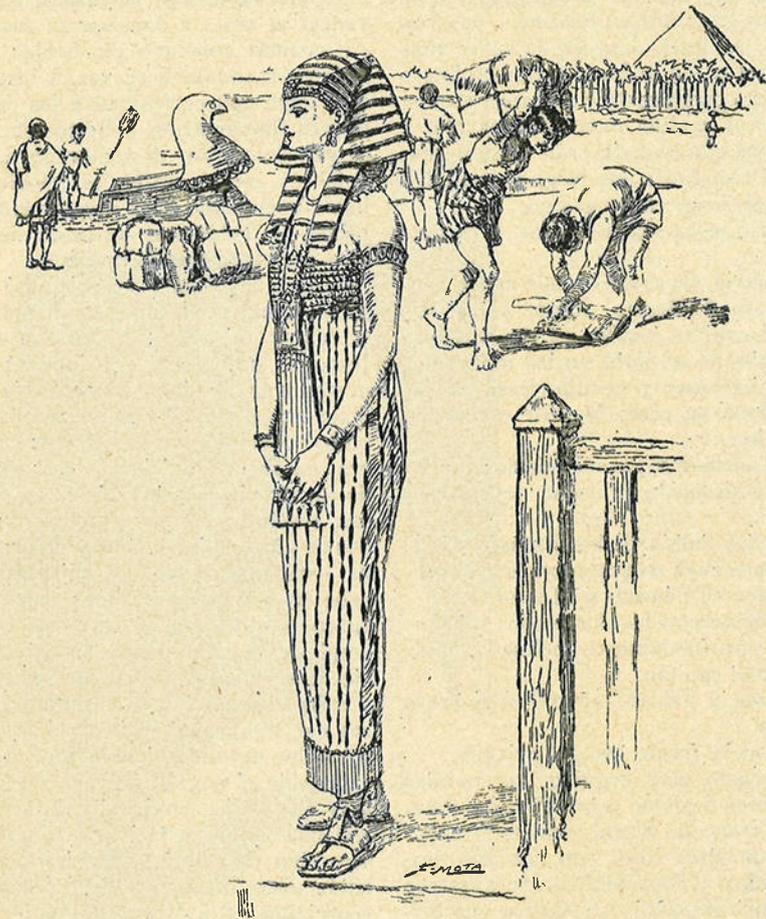
—Tú, Telémaco, digno hijo de Ulises, cuya fama de rey prudente y héroe ingenioso me es conocida, y tú, noble y discreto Mentor, sois libres. Debo sin embargo atender, como el primer cumplidor de mis leyes, á las formalidades requeri-

alzó prontamente los ojos para volver á mirar á la egipcia, la cual habíase acercado al Faraón que se levantaba de su trono. La princesa sonreía.

—Taisí—dijo entonces el soberano, que se dirigió á la joven, y añadió otras palabras cuyo sentido no comprendió Telémaco, desconocedor de la lengua egipcia.

Pero sabía por lo menos el nombre de la beldad, y este descubrimiento le llenó de gozo.

Y mientras que recorría de nuevo los salones,



das en este caso. Doy pleno crédito á vuestras palabras y por los ilustres griegos á quienes en vosotros he saludado, os tengo, pero debéis ser interrogados por un funcionario especialmente nombrado. Nombró para ello á vuestro mismo compatriota mi esforzado capitán Policleto, aquí presente. El terminará breve y satisfactoriamente este asunto, bajo tan excelentes auspicios comenzado.

Hubiera podido observarse en el capitán una sonrisa ambigua, que disimuló al inclinarse profundamente ante su amo. Saludaron también hasta el suelo Telémaco y Mentor; pero el primero

las galería, el subterráneo, el patio, iba repitiendo en su corazón el dulce nombre, y, dos ó tres veces, lo pronunció en alta voz. Mentor y Policleto marchaban silenciosos, y su silencio se hizo más profundo, si así puede decirse, desde que escucharon á Telémaco.

El cual cuando volvió al sombrío aposento de la fortaleza, y desapareció el capitán, y se cerró la puerta con siniestro ruido, y suspiró tristemente Mentor, no pareció darse cuenta de nada.

Seguía viendo á Taisí y continuaba oyendo su nombre.



CAPITULO III

TELÉMACO PASTOREA

Tres días iban transcurridos desde la audiencia regia. Telémaco y Mentor, no sólo permanecían presos, sino en la más rigurosa incomunicación. No habían vuelto á ver á su compatriota, al capitán de la tropa egipcia (1), y un guardián hurafío y silencioso era el único ser que, al aportarles un alimento mezquino, acusaba con esto que no estaban olvidados.

Al comenzar el día cuarto de tan incomprensible como ingrata situación, se personó ante los prisioneros un personaje egipcio acompañado de algunos soldados y un oficial. El personaje les habló así:

—Habéis sido declarados cautivos definitivamente, como meos de engaño.

Quedó tan sorprendido, tan estupefacto Telémaco, que le faltó la voz para replicar. Empero Mentor, con su serenidad y dignidad habituales, interrogó al egipcio:

—¿Dónde y por quién hemos sido juzgados y por lo que dices, condenados, después de que el soberano se sirvió oírnos?

—Bien sabes—contestó el personaje, en tono seco,— que el capitán Policleto, vuestro mismo compatriota, recibió el regio encargo de comprobar la veracidad de vuestras palabras; y bien debíais presumir cual había de ser su informe después del interrogatorio á que él os sometió.

—¿Cómo!—exclamó ahora Telémaco, en quien el estupor se había trocado en indignación.—¿Qué es lo que pretendes insinuar? ¿A qué interrogatorio aludes? ¿De qué informe, en el que mezclas el nombre de Policleto, hablas? ¿Quién engaña á quién?

—Desde el momento en que Policleto, terminada la audiencia regia, nos condujo de nuevo á este lugar, no hemos vuelto á verle; y ni entonces, ni nunca por consiguiente, nos sometió á interrogatorio alguno—afirmó Mentor.

No contestó el egipcio; hizo un movimiento de

desdén y se volvió á sus hombres como para darles alguna orden.

Comprendió Mentor que era inútil insistir en ser oído por el personaje aquél, pensó que ya no había de oírle tampoco ningún otro, vió evidente, si no en sus causas, en sus defectos, la traición de Policleto, dió en fin, por burlada la justicia que á Telémaco y á él les asistía, pero dijo al decidido funcionario:

—De todos modos, tú mismo acabas de llamar compatriota nuestro al capitán Policleto; vése reconocida, pues, nuestra cualidad de griegos. ¿Cómo, entonces, se nos declara cautivos?

El egipcio contestó severo:

—¿Os he de recordar acaso, para avergonzaros más, vuestro trato con los fenicios, vuestra convivencia con esos jurados enemigos nuestros? Cierto que sois griegos, y precisamente por serlo y haberos, sin embargo, aliado con los adversarios de un país que no está en guerra con el vuestro, sois doblemente culpables. Habéis traicionado á Grecia y á Egipto, y vuestro castigo no solamente satisface á las leyes de los dos países, sino muy principalmente á aquellos compatriotas vuestros que habitan entre nosotros y con fidelidad nos sirven. Dad gracias por haber sido condenados á la esclavitud, cuando podíais haber pagado con la vida, y cese ya toda objeción á la que yo no debo responder.

Telémaco, no obstante, prorrumpió en exclamaciones de indignación y protesta, pero, á una señal del funcionario egipcio (1), los dos griegos fueron maniatados y conducidos al exterior, donde se les separó, quedando cada cual rodeado por un pelotón de soldados. El que custodiaba á Telémaco emprendió la marcha por un laberinto de calles tortuosas, pero, de pronto, salió á una espléndida vía, ancha, recta, larga, de suntuosos edificios, sombreada por acacias y palmeras, llena

(1) Era frecuente el caso de oficiales y soldados griegos al servicio de Egipto y hasta se constituyó una privilegiada guardia faraónica, compuesta de helenos, exclusivamente.

(1) Este funcionario se llamaba Metofis, y á él, por razones de codicia suya, se atribuye exclusivamente la condena traidora de los dos griegos en la obra de Fenelón. No es así—ya se ve—en el relato que seguimos y al que hemos de atenernos aquí, sin ahondar en esta contradicción.

de animación y de vida. En otras circunstancias, Telémaco hubiera admirado la magnificencia de aquella vía tebana, pero iba con la cabeza baja, abrumado de dolor. Dolíste sobre todo el verse separado de Mentor. Producíale ésto tal sensación de abandono y de tristeza, que, bajo un sol radiante y en medio del gentío, le parecía caminar, entre sombras, por un desierto.

No advirtió, pues, el contraste que surgió de pronto, bruscamente, sin gradación alguna, cuando, franqueada una de las cien puertas de Tebas y cruzado un palmeral tupido, por el que corría un canalillo fecundador, se encontró en el desierto verdadero; sus pies, que acababan de deslizarse por un buen pavimento urbano, y, luego, por firmes senderos herbosos, hundíanse ahora en una arena blanda y crugiente, sin que notaran el cambio, y para sus ojos, que permanecían bajos, iguales eran los prodigios arquitectónicos de la ciudad y las rientes perspectivas de la campiña, que las grises y amarillentas soledades en su desoladora desnudez. Los mismos guerreros egipcios que conducían á Telémaco, habituados á todas las penalidades, hechos á los rudos contrastes de su tierra, sintiéronse sobrecogidos, por unos instantes al menos, como siempre que daban cara á aquella inmensidad siniestra, pero el joven griego continuaba su marcha ajeno á todo, á todo indiferente. No obstante, era menor su amargura, menor su entorpecimiento; el aire del desierto le iba tonificando. Y al alzar la cabeza para espírar mejor aquel aire, tropezaron sus ojos con una palmera, único habitante de aquellas soledades, único ser viviente en aquella región muerta, pero engalanado, bello, gentil; y Telémaco, por esa asociación de ideas, ilógica las más de las veces, por esa rara confusión de sensaciones, tan frecuentes ambos fenómenos cuando en el alma ha germinado un sentimiento de amor, pensó en Tarsí, y sonrió á la primera, y se iluminó su espíritu, y su corazón fué henchido de esperanza...

Un oasis (1), no muy extenso, pero muy grato y anacible, de jugosos prados, umbríos boscajes y cristalinas aguas, fué el lugar en que Telémaco, vendido á Metofs (2), hubo de trocar su cualidad de príncipe por la de pastor. Asignáronle el cuidado de un rebaño de ovejas y de cabras, propiedad del funcionario egipcio. Había otros varios rebaños y la correspondiente custodia de

(1) «Desierto de oasis» llama Fenelón á este lugar, y como «un oasis en el desierto», denominación más adecuada, es conocido en este relato.

(2) Por esta razón sin duda, aparte tal vez otras analogías, Fenelón, or isoró desconocedor del episodio que nos ocupa, atribuyó como en nota anterior se ha dicho, á Metofs la desgracia de los dos griegos, cuando en realidad fué debida á un repentino impulso de odio, cuya causa habrán ya sospechado los lectores, del capitán Policeto.

pastores y pastoras, gente ésta sencilla, tosca, pero buena, que acogió afablemente á su nuevo compañero. Hallábanse también allí dos templos, más bien, como se llamarían hoy, dos capillas. Recoatado el uno entre añosos árboles, mantenidos siempre lozanos por linfas pródidas, estaba consagrado á Hator, la Afrodita egipcia, de culto no tan exuberantemente voluptuoso, tan francamente carnal, mejor dicho, como el griego, pero de refinados misterios amorosos; el otro templo, erigido al sol, sobre un altozano gayo, se hallaba dedicado á Apolo (1), divinidad extranjera, por lo menos con tal nombre en Egipto, pero la cual, así como otras de análogas circunstancias, era venerada en algunos lugares de ese país á la par de los dioses patrios. Estaba encargado de este templo greco-egipcio un respetable y sabio sacerdote llamado Termosiris, quien desde los primeros momentos cobró grande afecto á Telémaco. Comovióle la narración de las desdichas y aventuras del joven héroe, de cuya veracidad no dudó un instante, y se propuso, no sólo hacerle lo más llevadero posible su destierro, sino provechoso para el espíritu y el corazón del desterrado. Para esto, empezó por recordarle las semejantes condiciones en que se encontró el mismo dios Apolo cuando, por enojo de Júpiter, se vió reducido á labrar, un tiempo, como humildísimo pastor, y concluyó por estimular á Telémaco para que pusiera su inteligencia y su piedad al servicio de los pobres pastores, sus actuales compañeros.

Así lo hizo el preclaro hijo de Penélope y Ulises, y no había pasado mucho tiempo desde que llegó al oasis, cuando, todos los atardeceres, una vez recogidos los rebaños, se le reunían pastores y pastoras, formaban corro sentados en la hierba y aprendían de él á reverenciar á los dioses conscientemente, á admirar las bellezas naturales y aun á penetrar en las artísticas. Aquellas gentes, hasta entonces ignaras y rudas, desprovistas de toda concepción transcendente y de todo sentido estético, aprendieron, con prontitud singular, á ahondar en los espacios celestes cuando por las noches contemplaban el misterioso desfile de los astros, á deleitarse con los matices crepusculares, á embelesarse con las melodías de las aves, á engalanarse con las flores, á placerse en el oasis y á anonadarse ante el desierto, á apreciar las esbelteces del templo de Apolo y el gracioso encogimiento del templo de Hator—diríase que la diosa egipcia coqueteaba ante la proximidad del dios heleno—á gozar, en fin, de las bellas obras de los dioses y de los hombres. Pastor de aquellos hubo, de avanzada edad y constante permanencia en los parajes dichos, que afirmó ingenuo que “por primera vez los veía ahora”. Tan gratas asambleas terminaban casi siempre con la divertida é instructiva narración que Telémaco hacía de alguna de sus aventuras y con algunas tocatas de flauta, que él mismo manejaba con habilidad extrema.

Alabado por Termosiris, festejado por los pas-

(1) En general, y á imitación en esto de Fenelón y otros autores clásicos, preferimos darlos nombres latinos, en vez de los griegos, á las deidades olímpicas.

tores, á quienes tanto bien hacía, querido por todos, el joven griego se hubiera sentido feliz, hubiese llegado hasta á olvidar su servidumbre. á

so y tan vasto como el desierto sobre el que se extendía; por Oriente, tras la sutilísima neblina que se elevaba del lejano Nílo, un cielo, azul pá-



no ser por dos pensamientos que tenaces le torturaban: el de Mentor, á quien nunca tal vez volviera á ver; el de Taísi, para siempre quizá perdida...

Amanecía. Por occidente, un cielo de azul plomizo, apagados ya los astros, parecía tan soledoso

lido, iba tomando opalinos tintes, y, prontamente, el primer rayo de sol, rayo solar egipcio, lo iluminó todo, y todo se mostró fulgente; irradió el cielo, irradió la tierra, chispeó el templo de Apolo sobre su altozano gayo, enrojeció el templo de Hator, á través del follaje esmeralda, y allá á lo

lejos, la ciudad de las cien puertas pareció presa de repentino incendio.

Telémaco, á la custodia de sus rebaños madrugadores, buscó la sombra de una palmera, se echó de bruces y se ensoñó en sus melancólicos pensamientos...

á la linde del oasis, desapareció el misterio, pero no la sorpresa, para el insigne pastor. Ante sus ojos desfilaron, al torcer para tomar por un camino practicable, tres ó cuatro carros de caprichosas formas y vistosos colores, tirados por briosos corceles de relucientes arreos. Precedían, seguían



Un rumor insólito le hizo incorporarse y una rara visión le impulsó á ponerse en pie.

Una columna de polvo, un torbellino de arena con más propiedad dicho, avanzaba por el desierto en dirección al oasis. Entre aquella especie de nube á ras del suelo, tanto más singular cuanto mayor, era la serenidad ambiente, percibió Telémaco destellos y relampagueos que se sucedían profusamente. Cuando la nube estuvo ya cercana

y rodeaban á los carros arrogantes jinetes de bruñidos cascos y corazas, con flameantes espadas empuñadas. Era deslumbrador y sorprendente aquel desfile, pero lo que produjo á Telémaco palpitaciones tales en el corazón que le desvanecieron un instante, fué la aparición de Taisí en el último de aquellos carros. Fué un relámpago, pero no una ilusión del joven griego; era una realidad, la realidad hermosa de Taisí.

Inconscientemente, instintivamente, echó á correr Telémaco por adivinado atajo y llegó en segundos á la puerta del templo de Hator. Estaba abierta; en el umbral, graves, solemnes, se hallaban los sacerdotes; las sacerdotisas, jóvenes y bellas todas, formaban en el exterior, en dos filas paralelas, y esbozaban graciosas actitudes; envolvían sus ambarinos cuerpos en transparentes gasas y en sus lindas calánticas, estudiosamente dispuestas, ostentaban la imagen de la diosa. Todos los curiosos que allí habían acudido miraban bien expresivamente á las sacerdotisas, pero Telémaco, impaciente, convulso, no veía nada, hasta que vio aparecer, entre dos hileras de árboles, el esperado cortejo. Apeáronse los jinetes, descendieron los de los carros, avanzaron los sacerdotes con las manos sobre el pecho, alzaron las sacerdotisas sus serpeantes brazos, y todos se inclinaron profundamente, mientras que Taisí ponía el pie en el suelo con cortesana sonrisa. Entonces Telémaco, que era el único que había permanecido con la frente alzada, en su mirar ansioso, avanzó impulsivamente, pero al punto le detuvieron y empujaron, bruscos, varios de los acompañantes de la princesa. Miró ésta hacia el tumulto y, de pronto, palideció intensamente, relampaguearon sus ojos, y pronunció breves palabras, con voz que tenía algo de grito y de sollozo. Los que forcejeaban con Telémaco le soltaron al punto, y se quedaron rígidos, pero él también permaneció inmóvil; ellos, ante la orden verbal de la princesa; él, ante una mirada de la misma, cuyo significado adivinó. Y no era una mirada de imperativo rudo; era más bien un dulce ruego, tal que acompañara una promesa. Telémaco sintió el escalofrío intenso de gozosisima emoción.

Todo fué rápido.

Taisí se adelantó hacia el templo, seguida solamente de los servidores de la diosa, tras los que se cerró la puerta.

Las doncellas, los oficiales, las esclavas y los soldados de la princesa, y los pastores allí presentes miraban con curiosidad á Telémaco, con enojo algunos, pero él permanecía completamente ajeno á cuanto no fuese la imagen de Taisí. Y

eran tan fuertes sus sensaciones y tan vehementes sus pensamientos que, al agolparse en su corazón y en su cerebro, le mantenían paralizado. Sacóle de su enajenamiento la llegada de una sacerdotisa que se le acercó y, tomándole de la mano, le indicó con graciosos ademán que la siguiera. Hízolo así Telémaco, sin asombrarse ya de nada por el mucho asombro de que estaba poseído. La sacerdotisa, que no había salido por la puerta principal del templo, le condujo, á través de un bosquecillo, á la parte posterior del edificio y le hizo entrar por una puertecilla cuajada de jeroglíficos y disimulada entre ramaje. Le llevó por una galería penumbrosa hasta un aposento iluminado por indecisa luz y le dejó allí, cerrando al retirarse otra puerta pequeña, cuyo ornamento consistía en la profusa repetición de los emblemas y símbolos de la diosa del placer y la alegría.

—Acércate—dijo una voz dulcísima.

Y el joven griego vió á Taisí que, sentada en un sillón azul y oro, rematado por la esmaltada cabeza de un gavilán, le sonreía insinuante.

A sus pies cayó Telémaco; tembloroso, sin poder articular palabra.

Pero Taisí le habló:

—Supe tu desdicha y presumé la causa de ella. Me enteré después del lugar en que te encontrabas y de tu loable comportamiento. He querido verte é ideado una visita á este sagrado templo de nuestra madre Hator. Aunque alguien lo niegue falazmente y los demás hayan caído en el engaño, yo bien sé que eres inocente, que eres el insigne Telémaco, ya famoso. Soy la hija favorita del Faraón, aunque no sea de legítimos matrimonios como mis hermanos. Confío en el amor que mi padre me profesa para llegar á obtener tu libertad... ¿Tienes algo que decirme?

Vaciló Telémaco unos instantes, pero al fin exclamó con supremo acento:

—¡Oh, Taisí! ¡Te amo!

No respondió la princesa, pero inclinó su busto, puso ambas manos en los hombros del joven griego y le miró de cerca.

Un doble beso, largo, apasionado, vibró en el sagrado recinto, como votiva ofrenda á la diosa.

CAPITULO IV

TELÉMACO EN LA NECRÓPOLIS REGIA

—Piénsalo bien, oh mi queridísima hija. Policlecto te ama y tiene un porvenir brillante, superior al de muchos príncipes de la sangre, por valer más que ellos. Acabo de conferirle la jerarquía de general y me propongo nombrarle para el gobierno de una de mis principales regiones.

Así dijo el Faraón, á lo que le contestó Taisí:

—Policlecto fué el causante de la esclavitud del joven griego.

—Ese joven está ya en libertad—replicó con cierta impaciencia el soberano.

—A ruegos míos le diste la libertad, pero como gracia, no como justicia. Y le desterraste de Egipto. También en esto te guió el pérfido consejo de Policlecto—afirmó valientemente Taisí.

Ramsés II frunció el ceño; mucho quería á su hija, muy bondadoso era, pero no estaba habituado á escuchar semejante lenguaje. Contúvose, sin embargo, y declaró dignamente:

—Policlecto cumplió con su deber para conmigo y su patria adoptiva al revelar el engaño de los dos griegos.

—El engañado lo fuiste tú, y el ruin engañador fué Policlecto. Esos dos griegos son inocentes y quienes ellos dijeron ser. ¡Por Isis divina, á la que por mi nombre pertenezco, te lo juro!

Pronunció estas palabras con acento tal Taisí, que su augusto padre permaneció silencioso unos momentos. Luego dijo:

—Pues, por Osiris, te juro yo á mi vez, que repondré la causa, que haré venir á esos dos griegos, que, en mi presencia, los pondré frente á frente de Policlecto, que, si fuese verdad lo que dices, sobre éste caerá toda mi justicia, pero si tu denuncia es falsa, perderán la vida tus defendidos y te afrentaré á ti, obligándote á pedir públicamente perdón al calumniado, al hombre que desdefías terca.

—¡Ah, cuán bondadoso eres!—exclamó Taisí

llena de júbilo, sin cuidarse de la amenaza última, convencida de su razón; pero, en transición, añadió perpleja:—¿Mas cómo vas á hacer venir á los dos griegos? ¿Sabes acaso dónde están?

—El que se hacía llamar Mentor está en Etiopía, vendido como esclavo; en cuanto al que se decía Telémaco, hijo de Ulises, ignoro su paradero, pero lo descubriré—contestó el Faraón.

Taisí se estremeció ligeramente, y, silenciosa, vió alejarse á su augusto padre.

Un nacarado creciente lunar se reflejaba tembloroso en las dormidas aguas del Nilo y producía fosforescencias pálidas en la estela que iba dejando una embarcación pequeña, cuyos remos bogaban silenciosos.

La embarcación, que se alejaba de la orilla tebana, no tardó en atracar á la líbica, ocupada también en gran extensión por lo que pudiera llamarse un barrio de la ciudad cortesana, pero barrio fúnebre, singularmente pavoroso para quien no fuese, como los egipcios, amante, ó por lo menos, familiar de la muerte. Alzabase en aquella orilla el barrio de los momificadores, y día y noche percibíase allí el olor del natrón y los aceites que impedían la putrefacción de la carne, y que constantemente eran calentados y manipulados, en el ejercicio ó en la espera de la transcendente labor. Más allá de los innumerables hornos

y de la infinidad de dependencias que se requerían para el postrero é indestructible tocado del cuerpo humano, y como límite ó más bien como barrera en medio del desierto, surgía de las arenas una montaña formada por una yuxtaposición de rocas que, á la luz del nacarado creciente, parecían un hacinamiento de cráneos monstruosos insepultos.

Desembarcó Taisí, como una sombra vaga entre la suave luminosidad de las cosas. Iba envuelta en una especie de manto obscuro que, desde los tobillos, le subía á la cabeza y pendía por la cara; arrebu- jábase en él sin dejar más que una pequeña mirilla, por la que asomaban unos ojos inquietos é inquisidores. Echó á andar, sin embargo, de- p r i s a, resuelta- mente; c r u g i e- ron bajo sus pies piedrecillas calcinadas y r e s i- duos de natrón; luego se apaga- ron sus pasos en las arenas blan- das. Avanzó lar- go rato por el desierto, aleján- dose de la bar- riada y a c e r- c á n d o s e á la montaña. Seguía el mismo camino por el que los seres, re- cientemente mo- mificados, eran conducidos á su definitiva mora- da. Taisí avan- zaba en derechu-

ra, pero al llegar á las primeras rocas, centine- ls dispersos destacados de la masa, torció á la derecha, flanqueó unos momentos la montaña, que allí, vista de cerca, mostrábase llena de hora- daciones raras, y luego, orientada por un obelisco prócer, cuyo vértice semejaba un faro al quebrar- se en él los rayos lunares, volvió á dirigirse ha- cia la mole, llegó á ella y penetró por uno de aquellos boquetes, tallado en forma trapezoidal.

Sin vacilación alguna, se adentró por una ga- lería tenebrosa; con seguridad igual, salvó varios recodos, resonaron sus pisadas, con prolongacio- nes de ecos, como en anchurosos espacios; se amortiguaron, otras veces, cual en reducidos recintos, y dió por fin en una estancia iluminada por una luz lilácea, de procedencia desconocida.. Y Tai- sí quedó aprisionada por los brazos de Telémaco,

quien la estrechó largamente contra su corazón.

No era la primera entrevista de los dos amantes, desde que el joven héroe fué emancipado de su servidumbre por orden de Ramsés, pero con la condición de abandonar sin demora el sueío egipcio. Concertado con Taisí, á la que logró ver, una vez libre, desobedeció la orden de Faraón y halló cobijo donde le indicó su amada: en la vasta necrópolis de Tebas, construida, con arreglo á las costumbres y la religión egipcias, en la hor- radada montaña, en los subterráneos destinados

á guarecer la s m o m i a s de los soberanos y los príncipes, y, más c o n c r e t a m e n t e, en la sala mortuoria que un día había de ocupar el i n a n i m a d o cuerpo de Taisí, bien viviente en aquel momento, palpitante de pa- s i ó n entre los brazos del pros- crito. ¡Lugar evocador de amargos pensa- mientos, pero símbolo al mis- mo tiempo, de la psiquis egipcia! Y no era pavo- rosa aquella es- t a n c i a. Aparte del s a r c ó f a g o, abierto en pa- ciente e s p e r a, pero cuya boca r e c t a n g u l a r y cuyos mosaicos, estelas, jeroglí- ficos y figurillas multicolores, le hacían parecer un arcón pre- cioso, todos los d e m á s objetos

que allí había—silloncitos, mesitas, joyeros, pebe- teros, pomos de esencias y de afeites, espejos de cobre pulimentado con caprichosos mangos y ves- tiduras varias,—mucho más eran propios de re- finado tocador femenino que de mortuoria cáma- ra. Verdad era que todos aquellos objetos fueron allí llevados para cuando Taisí reposara eterna- mente en su sarcófago. Eran objetos yacentes, por decirlo así, objetos de muerte.

Pero, ¡ah!, bien viviente y palpitante, como ya se ha dicho, estaba aquella para quien el postrer aposento se hallaba preparado.

—¡Amada mía! ¡Mi Taisí!—balbucía el joven griego.

—¡Oh, Telémaco! ¡Mi señor! ¡Amado mío!—suspiraba la egipcia.

Y después de largo rato de otras frases y efu-



siones tan antiguas como el mundo, pero tan nuevas siempre para los que se aman, Taisí intususo á Telémaco en las últimas palabras que había cruzado con el rey.

—Segura estoy—terminó diciendo—de que al fin se hará justicia. Mi padre es bondadoso y sabio; si pudo ser esta vez engañado por los razonamientos falsos del acusador y despechado Policleto, cuyos deseos hacia mí rechacé siempre, como ya te he dicho, dispuesto está á reconocer y reparar su error, una vez probado... ¿Crees tú, mi Telémaco, que tu amigo Mentor, á quien mi padre va á hacer venir, sin demora alguna, de Etiopía, tendrá la suficiente elocuencia para que la verdad resplandezca?

—Mentor, mi amadísima Taisí—contestó Telémaco,—es la elocuencia y la sabiduría de los dioses hechas carne. A veces, hasta he llegado á dudar de la personalidad humana de mi venerado maestro. Si un dios hubiese tomado la figura de ese peregrino anciano, no habría sabido aleccionarme y guiarme mejor.

—Mucho me place oírte—replicó Taisí,—pero es mi anhelo que pudieras tú asistir á la prueba, con tu mirada que penetra en los corazones, como en el mío ha penetrado, con tus palabras que hacen vibrar el alma, como la mía ha vibrado, con tu presencia, en fin, que te hace tan atrayente, tan persuasivo, tan digno de ser amado.

Telémaco hizo una caricia á su bella apasionada y fué á decir algo, mas Taisí continuó:

—Eso quisiera, y mi confianza en verte libre

y poder amarte á la luz del sol, sería entonces más completa, pero ¿cómo? Es imposible. Si mi padre supiera que eludiste su mandato y que soy tuya, sin consentimiento suyo, se afirmaría en su error, condenaría tu audacia, y sin querer oírte... ¡Oh, no! ¡Qué horrorosa idea!

Y Taisí abrazó convulsivamente á Telémaco, entre caricias y sollozos.

El nacarado creciente se había tornado rojo y se mostraba de un grandor fantástico, próxima ya al final de su carrera, cuando Taisí volvió á deslizarse como una sombra por el desierto y la barriada lúgubre, hasta llegar á la margen del Nilo, donde su embarcación, al cuidado de un fiel esclavo, la aguardaba. Cerca ya de la otra orilla, un pájaro nocturno revoloteó chillando y un cocodrilo dejó ver sus escamas, que enrojecía el último resplandor del creciente. El gentil cuerpo de Taisí se estremeció y se encogió medroso bajo el manto que le cubría.

Sucedieronse otras entrevistas análogas á las referidas. En una de ellas, en la última, ¡ay!, Taisí comunicó á Telémaco la llegada de Mentor á Tebas. Aquella noche fué más prolongado el amoroso dúo de los dos jóvenes. Opalinos tintes tomaban ya los confines del desierto, cuando la bella egipcia se despedía del gallardo griego, diciéndole:

—Más que nunca, ruega en estos momentos á mi diosa Hator y á la tuya, la divina Afrodita, de que me has hablado, protectoras ambas de los amantes.

CAPITULO V

TELÉMACO EN LA TORRE DE PELUSA

Con anhelosa impaciencia esperó Telémaco la llegada de la siguiente noche, no sólo, como siempre, por los inefables momentos que le donaba Taisí, sino también por tener noticias de Mentor y de la transcendental comparecencia de éste ante Sesostris.

Pero hacía horas que la diosa Nut absorbiera á Ra, y el creciente de Febea, cada vez más lleno, iniciaba ya su descenso por la azulada bóveda, mientras que el impaciente griego seguía esperando á la hija de Ramsés.

Y toda la noche la esperó en vano. Y de nuevo el sol apareció triunfante.

Lleno de ansiedad y de congoja, hostigado por malignos presentimientos, olvidado, en su afán, de toda prudencia y aun de su situación misma, salió Telémaco del laberíntico subterráneo y, cediendo á irrazonado é irresistible impulso, echó á andar, casi á correr, por el desierto, de cara á Tebas. Así llegó á la barriada siniestra, cuyos habitantes todos habían abandonado sus faenas y, reunidos en grupos á orilla del río, parecían mostrar, en sus gestos y palabras, vivísima agitación. Detúvose Telémaco, nadie reparó en su presencia, y á pesar, ó quizá mejor, á causa de su ansiedad y presentimientos, comprendió

que ocurría algo muy sensacional. Se acercó á un grupo, en el que un anciano peroraba ostensiblemente emocionado. No entendió Telémaco lo que decía, pero le interrumpió, interpeleándole en griego.

—¿Quieres decirme, venerable anciano, lo que ocurre para que este lugar, cuyos destinos hacen á sus moradores reposados y silenciosos, se encuentre ahora tumultuoso? Acongojado presiento alguna desgracia.

El anciano, que por fortuna conocía la lengua griega, se volvió hacia el extranjero, y sin mostrar sorpresa por su presencia, con dolorido acento le contestó:

—No te engaña tu triste sentimiento, joven extranjero. Una gran desgracia, la mayor de todas, verdadera catástrofe, en la que nadie, que confiase en los dioses podía pensar, ha caído sobre nosotros y sobre el Egipto todo...—La emoción que embargaba al anciano le cortó unos momentos la palabra, y luego, solozante, exclamó:—¡El divino Ramsés, nuestro rey, nuestro padre, nuestro dios ha muerto! Durmióse anoche, lleno de vida, en el sin par palacio de su reino, para

no despertar sino en el reinado de las sombras.—Y el afligido egipcio siguió gritando:—¡Miserable yo que he vivido tantos años para ver tal desventura! ¡Miserables todos cuantos sobrevivien á tal duelo! ¿Por qué, oh dioses, nos le diste para arrebatárnoslo? ¡Ay del Egipto!...

Y sus imprecaciones no tenían fin, pero ya Telémaco corría como un loco por la orilla del Nilo, ansioso de cruzar las aguas que le separaban de Tebas y que seguían, indiferentes, su espacioso curso. Iba á arrojarse á ellas, cuando, sin saber cómo, se encontró á bordo de una de las embarcaciones que bogaban presurosas y como alocaadas también.

A los pocos momentos, subía por amplia escalinata, y se esforzaba luego en abrirse paso entre la muchedumbre que llenaba el paseo de las esfinges, tan inmutables, tan enigmáticas como siempre, á cuyo final se alzaba el imponente palacio real. Avanzó terco, logró llegar hasta muy cerca de las mismas puertas, pero allí, como barrera infranqueable, manteníase firme una pila de soldados con las desnudas espadas empuñadas, mien-

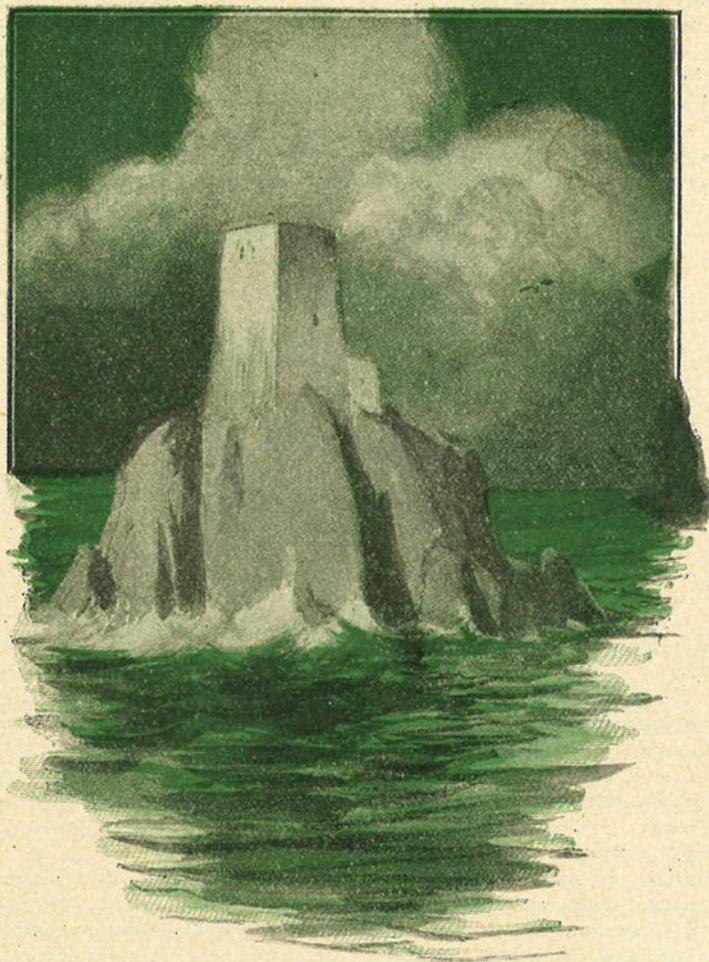
tras que numerosos agentes de la autoridad, provistos de largos bastones (1), rematados por cabezas de carnero en bronce, no vacilaban en maltratar rudos á todo curioso audaz. Vaciló unos instantes el conturbado joven, pero en esto, vió que la fila militar se abría para dar paso á algunos personajes oficiales; reconoció entre ellos á Policleto, ante quien los soldados rindieron las espadas, y violento, se lanzó hacia él...

Próximo al puerto de Pelusa, ciudad extrema del Oriente egipcio, emergía de las azules y rientes aguas del mar interior, un peñasco islote de

sombríos tonos rojizos. Alzábase en él una elevada torre de aspecto sórdido, con largas y estrechas aberturas, no muy profundas en los graníticos paredones, enmohecidos por las salitrosas brisas.

En lo alto de esta torre, en miserable celda, cuya lobreguez hacía mayor aún la estría de luz que penetraba por una de aquellas aberturas, hallábase Telémaco, el joven héroe. No hubiera po-

(1) El eminente egiptólogo Jorge Ebers, en uno de sus admirables libros, hace la curiosa observación de que estos bastones eran de madera de corezo, árbol completamente desconocido, por lo menos hoy, en la región del Nilo.



dido decir cuántos días llevaba allí ni precisar los sucesos que le ocurrieran desde la nefasta mañana en que corrió á Tebas. Vagamente recordaba su presencia ante el palacio del faraón yacente, la aparición de Policleto, el maltrato de unos agentes, la amenaza de unos soldados, el encarcélamiento en la fortaleza ya conocida, el transporte luego en rápida embarcación, por el curso del río, hasta llegar al mar, ser desembarcado en el islote y quedar encerrado al punto en donde se encontraba. Sólo persistía clara, en su atribulado espíritu, la imagen de Taisi, consuelo y desesperación, á un mismo tiempo, en su infortunio.

Y pasaron más días, de los que tampoco llevó cuenta, y llegó uno en que un gran estrépito le arrancó á su ensimismamiento y le hizo atender á lo que juzgase ajeno á sus propias y dolorosas reflexiones.

Un fuerte viento de mar aportaba hasta Telémaco una estruendosa mezcla de clamores, vociferaciones, gritos de triunfo, de dolor, de ira,

choques de armas, sonos de trompetas y chapotes de remos. Miró por la ventanuca en rendija, pero, desde allí, no se veía más que la mar sin límites, desierta, siempre azul, pero algo agitada y salpicada de cabrillas.

La contienda, así lo pensó Telémaco, después de un tiempo, de horas quizá, fué cesando poco á poco. Volvió el silencio. Sin embargo, á intervalos, oíase una voz, un golpe seco, y, de pronto, en la misma torre estallaron rumores que Telémaco escuchaba cada vez más cerca de su encierro. No había duda: alguien, muchos, pretendían entrar donde él estaba. Cayó rota la maciza puerta, apareció un grupo de hombres armados, pero sólo se adelantó uno con los brazos extendidos. Era Mentor; Telémaco dió un grito y los dos griegos quedaron estrechamente abrazados.

—Ven—dijo el excelso anciano, pasada la primera emoción,—eres libre, somos libres y en breve podremos volver á Itaca... Ven á donde largamente te lo contaré todo.

CAPITULO VI

TELÉMACO VE Á MINERVA

En amplio terrado, á cuyo basamento llegaban las espumosas ondas del mar, estaban sentados Telémaco y Mentor.

Era una noche tibia y perfumada como caricia de mujer; aspirábanse entremezclados aromas de flores y emanaciones marinas; percibíanse murmullos lánguidos, que, unas veces, procedían de las aguas, y, otras, del ramaje, y, algunas, parecían venir de los aires; de cuando en cuando, las ramas nocturniegas croaban con estridencias metálicas, en intercambio sin duda de estimulantes impresiones, y oíanse, de pronto, rumores de aleteos y confusos é interrumpidos preludios de gorjeos, con que otros seres acusaban amorosos sueños. Un plenilunio radioso, desde lo más alto del cielo, iluminaba todas las cosas; complaciase especialmente en los fosforescentes ojos y brillantados tonos de los gatos—los predilectos animales de Egipto,—que unos, en actitudes de indefinido reposo, otros, en paseos meramente higiénicos, ó en busca de aventuras gratas, poblaban el terrado.

Telémaco y Mentor permanecían silenciosos; el anciano miraba hacia el espacio; sus ojos clareaban unas veces, hasta transparentarse casi, se ensombrecían otras, como el Oriente al ocaso; sus labios, de juvenil frescor, ya se entreabrían con placentera sonrisa, ya se apretaban con mueca dura; sus manos tersas, de moldeado fino, parecían rechazar y atraer, alternativamente, con es-

pasmódicos gestos; su busto, de holgados movimientos, bajo la ligera túnica, se encorvaba de pronto, en humilde encogimiento, ó se erguía brusco, en actitud altiva; todo en él, en fin, denotaba interiores luchas, encontrados y vehementes sentimientos. Telémaco, inclinada la cabeza, cruzados los brazos y recogido en su asiento, no hacía movimiento alguno, pero de sus ojos brotaban lágrimas que dejaba resbalar por sus mejillas.

Habían pasado días desde que fué libertado de su prisión y era festejado huésped de un magnate de Pelusa, en compañía de Mentor. Minuciosamente, habíale referido éste interesantísimos hechos: la llegada de él, Mentor, á Tebas, horas antes de que expirase sin verle quien le había hecho venir; la proclamación de Bocoris, hijo de Ramsés II; la rápida sublevación de varios pueblos de Egipto, principalmente los de las riberas marítimas contra el nuevo rey, triste reverso de su magnánimo padre; la ayuda, demandada por los sublevados á los fenicios; la llegada pronta de éstos en numerosa flota, la victoria de los rebeldes y sus aliados, con la muerte de Bocoris, que les había salido al encuentro, victoria á la que Telémaco debía su libertad. No le explicó Mentor cómo él había llegado de Tebas á Pelusa, ni su participación en la batalla, y terminó su relato con las siguientes palabras:

—Da gracias á los dioses, amadísimo Teléma-

co, por cuanto acabas de oírme. Libres, al amparo de todo peligro y dignamente honrados nos hallamos ahora en esta ciudad, de la que no tardaremos en hacer rumbo á Itaca, á bordo de hospitalaria nave. ¡Alégrate, pues, conmigo y eleva tu corazón!

Pero Telémaco, que había escuchado con sumo interés cuanto se refería á los sucesos egipcios, no pareció alegrarse con las últimas noticias. Antes bien, mostró una grande preocupación.

Interpelado por Mentor, acabó por confesar de pleno. No, no le alegraba la idea de abandonar Egipto, y no quería abandonarle. Allí estaba Taisí. Volvería él á Tebas, la buscaría, arrostraría, si era preciso, nuevos peligros, moriría, si tal era su destino, pero su decisión era inquebrantable, Taisí era ya todo para él, patria, familia, presente, porvenir.

Atónito quedó Mentor y un relámpago siniestro cruzó por sus ojos claros, pero se repuso y le habló elocuentemente; le recordó, sobre todo, el cumplimiento de su sagrada misión filial y concluyó exhortándole á no rebelarse contra los dioses.

—Tú mismo me has dicho—contestó audazmente Telémaco—que en todas partes se puede adorar á los dioses, en sus diversas manifestaciones. Pero más te digo—añadió blasfemo—si necesario fuese, de todos ellos renegaría, para no adorar sino á Taisí que, por su belleza, es digna de ser diosa. Y aún seguro estoy de que ninguna beldad divina se puede comparar con ella.

Mentor palideció intensamente y enmudeció, tembloroso.

Ni Mentor ni Telémaco habían vuelto á suscitar tan penosa escena, ni apenas, desde ella, se habían encontrado á solas un momento, requeridos por las atenciones de que eran objeto en la ciudad, hasta la noche citada.

Largo rato siguieron ambos en silencio, sin cesar en sus ambiguas manifestaciones el anciano, sin enjugarse las lágrimas del joven, pero, bruscamente, lo interrumpió el primero, que se puso en pie y con decisión dijo:

—Mañana parte la nave que nos han dispuesto para llevarnos á Itaca. ¿Vendrás, oh, Telémaco?

Estremeciése éste, pero en tono resuelto y seco, contestó:

—No, ya lo sabes—y en atenuación de su respuesta añadió:—Pero bien saben también los dioses lo que duele separarme de tí, á quien tanto amo.

Sonrió Mentor con amarga ironía y repuso:

—Pero es superior tu amor á esa mujer.

—Es superior á todo—replicó con ingenua crueldad Telémaco.

—¿Tan hermosa es?

—Te lo he dicho: ni mortal ni diosa se la puede comparar.

No insistió Mentor.

Telémaco volvió á su ensimismamiento, pero, prontamente, experimentó una sacudida interna y todo su cuerpo empezó á temblar. Se puso en pie, con una sensación de angustia y de inefable estímulo á la vez, y sus ojos se cerraron, deslumbrados por una irradiación potente... Pasados

unos instantes, los volvió á abrir y quedó paralizado de estupor y de beatitud.

Había desaparecido Mentor y, en su lugar, veíase una figura de mujer, cuya belleza, por lo soberana, estremecía al pronto para deleitar después con suprema infinitud: resplandeciente gasa, como tejido de estrellas, pero sutil, transparente, seguía las ondulaciones gentiles del nacarado cuerpo, al que cubría, pero no ocultaba; tenía su rostro los suaves tonos de la naciente aurora, cuando ya ha disipado toda sombra pero aún no ha enrojecido al cielo; dos esmeraldas de purísimas aguas, más oscuras en los centros, como verdes lagos de profundos fondos, eran sus ojos; dos líneas de coral rojísimo, de graciosa arcada la superior, formaban su boca que al entreabrirse, dejaba ver como un relampagueo niveo; sobre la espalda y los hombros esparcíase sedosa y rizada cabellera de dorados reflejos; matices de nardos y jazmines tiendan sus alargadas manos de brillantes uñas, dignos remates de sus esbeltos y torneados brazos, y eran sus pies como dos azucenas apenas posadas en el suelo; y de todo aquel ser, cual ningún otro nunca visto ni soñado, irradiaba un resplandor etéreo, emanaba una fragancia exquisita, y todo él diríase haber surgido para Telémaco, al que miraban los verdes ojos, que parecían penetrarle, al que sonreían los labios rojos, que parecían ofrecérsele, al que se tendían los esbeltos brazos que parecían atraerle, hacia el que se movían los pies de azucena, que parecían acercársele, tal que deslumbraba con su luz y embriagaba con su aroma, á quien se mostraba como muy lejano y muy cercano á un mismo tiempo, como inasequible y pronto á entregarse á la vez.

Telémaco avanzó un paso y extendió los brazos, pero se le nubló la vista, le flaquearon las rodillas y cayó de bruces.

Cuando se levantó anhelante, con poderoso esfuerzo, no vió más que á Mentor, que le contemplaba mudo, con singular fijeza.

—¡Oh!—exclamó Telémaco, con el repentino convencimiento de que Mentor le comprendía:—¿La volveré á ver?

A esta pregunta, el anciano contestó con otra:—¿Vendrás?

—¿Y la volveré á ver?—insistió el joven.

—¿A quién? ¿A Taisí?—preguntó esta vez el anciano con maliciosa sonrisa.

—No... ¡A Ella!—contestó sin vacilar Telémaco, y temblando de emoción, siguió:—A la que es fuerza y es sabiduría, y es, al mismo tiempo, soberana belleza, á Aquella, por la que he de morir, si no he de volver á verla en la tierra, y cuyo nombre tú sabes y yo no oso pronunciar.

Entonces el maestro del joven héroe le miró triunfante, pero en el brillo de sus ojos, en la sonrisa de sus labios, en el leve estremecimiento de su cuerpo, en toda su expresión, se hubiera podido adivinar, más que el contento del triunfo sobre el discípulo, la satisfacción de un triunfo femenino...

En la nave que, impulsada por favorables vientos, arribaba hacia Itaca, Telémaco no se apartaba un momento de Mentor y le interrogaba, incesantemente, ansioso, con los ojos...

NOTAS FINALES

Temo que, por los últimos hechos de este relato, quede á los lectores una impresión poco favorable para el protagonista.

Historiador fiel, no me es dable remediarlo.

Además, ya del libro de Fenelón y de otros anales que tratan del hijo de Penélope y Ulises, pudo deducirse que el famoso joven, siempre bravo y casi siempre discreto, fué más entusiasta que constante en sus empresas amorosas.

En cuanto á la perínclita diosa Minerva, cierto es que el arzobispo de Cambrai no la hace

despojarse del cuerpo de Mentor y revestir el divino suyo hasta que Telémaco llega al feliz término de sus amorosas peregrinaciones, y cierto también que tal aparición no tuvo, al parecer, otro objeto que coronar la obra educativa que tan celosamente se impusiera, en pro del joven héroe, la sabia y bondadosa deidad; pero bien se ve que en mi historia, en mi transcripción más bien, son muy otros los hechos en tan importante punto.

No solamente le plugo á Minerva revelarse á Telémaco bastante antes de lo significado por Fenelón, sino que lo realiza de manera, por causas y con intención, permítaseme insinuarlo, completamente ajenas á las severas máximas de Mentor.

Pero no creo que por esto neste nadie simpatías á la excelsa hija predilecta de Júpiter.

Luis de Terán.